

JEAN COPANS, *Anthropologie et Impérialisme*. Textos seleccionados y presentados por Jean Copans. (Bibliothèque d'Anthropologie dirigée par Maurice Godelier). Maspero, Paris, 1975, 478 pp.

En una de las frases que aparecen al principio de la presentación de esta selección de trabajos se resume la idea que ha llevado a su publicación: "La antropología no puede continuar siendo ingenua o neutral: sirviendo a los poderes o ignorándolos." Así, algunas de las contribuciones tienen el valor de denunciar (como el del African Research Group, "Les études africaines en Amérique: la famille étendue. Un analyse tribale des africanistes américains. Qui ils sont. Comment les combattre?"). Otros abordan el problema práctico del papel que juega o debería jugar el científico social, con conciencia histórica y política, en la sociedad actual, como "instrumento para el cambio, el cual, mediante el despertar y el desarrollo de una conciencia crítica creadora, permite a los que no tienen el poder (...) primero cuestionar, luego subvertir (...) y por último modificar los sistemas existentes de dominación, explotación y opresión" (en el artículo de R. Stavenhagen, "Comment décoloniser les sciences sociales appliquées", p. 417, según el texto de la conferencia presentada en la XIII reunión de la Society for Applied Anthropology de los Estados Unidos, ya dado a conocer en español). Por último, los trabajos de aquellos que, refiriéndose a casos de estudio concretos, demuestran cómo esa engañosa neutralidad, que no lo es, mencionada por Copans, ha distorsionado los análisis (como en el artículo de Bernard Magubane, "Un regard critiquer sur les critères utilisés dans l'étude des changements sociaux en Afrique coloniale"), o bien señalan las direcciones en que las investigaciones deberían llevarse a cabo para comprender en su totalidad y en profundidad una realidad social (como lo hace Stefano Varese en su interesante artículo "Les communautés tribales de la forêt dans la nouvelle politique péruvienne").

Los trabajos, a pesar de su diversidad, reconocen y critican tres problemas fundamentales en relación con la labor del científico social: el mito de la neutralidad científica y la colocación del antropólogo a través de sus conocimientos, sus datos o sus consejos, al servicio de los grupos de poder de carácter nacional o internacional; las ciencias sociales como "lujo académico" y la manera en que se han venido enfrentando en los análisis de los materiales recogidos por el investigador. En cuanto a este último punto, aparte de las orientaciones ideológicas de investigadores "occidentales"

frente a las sociedades ex coloniales, pesa la herencia de la antropología clásica por la cual todavía hoy se persiste en tratar los problemas a nivel microsocia, considerándose innecesario el estudio de problemáticas más comprensivas y el análisis macrosociológico, y restringiéndose así no sólo el campo de observación sino cualquier conclusión que resultara de tal observación. Aún existen, en número considerable, los antropólogos que nos continúan dando versiones mutiladas de la realidad, y que todavía defienden su "feudo" contra cualquier "amenaza" de colaboración interdisciplinaria necesaria para ampliar las perspectivas de análisis. Algo de este temor se vislumbra, por ejemplo, en una reciente publicación inglesa: "[los estudios de interdependencia sociocultural] harán entrar a la antropología social en el estudio sistemático de la complejidad de la sociedad industrial contemporánea, sin que nuestra disciplina pierda su identidad, es decir, sin que la antropología social se convierta en sociología, ciencia política o historia".¹

El tono de las contribuciones varía de autor en autor y de acuerdo con el enfoque elegido para discutir un problema. El trabajo de B. Magubane presenta una crítica severa, a veces airada, de los trabajos de conocidos africanistas europeos, centrándose principalmente en la obra de A. L. Epstein² y J. C. Mitchell.³ Magubane ve estos trabajos como apologías inconscientes del poder colonial, traduciéndose en una justificación del colonialismo por la convicción que los autores parecerían tener de la "misión civilizadora de Occidente". De este modo, no se discute el sistema colonial, ya que se entiende como dado y al parecer eterno. A través del análisis de la jerarquía profesional parecería aceptarse la estructura social presente; se considera al europeo como punto de referencia (demostrado en Mitchell a través de la copia de vestimenta occidental en la danza kalela) sin ver el problema de identidad creado por el sistema colonial.

La inclusión del comentario de O. Okediji a continuación del artículo de Magubane y su respuesta, permite seguir este ejemplo de los diálogos y discusiones que los científicos sociales africanos han emprendido con el ánimo de llegar a una comprensión más acertada (más verdadera) de la realidad africana en la cual se encuentran insertos. Las diferencias en el acercamiento al problema por parte del investigador consciente de su posición (en este caso,

¹ Abner Cohen (ed.), *Urban Ethnicity*, Londres, 1974. Introducción, p. xxiii.

² Epstein, A. L., *Politics in an Urban African Community*, Manchester, 1960, entre otros.

³ Mitchell, J. C., *The Kalela Dance*, Rhodes-Livingstone Papers, núm. 27; 1956, *Tribalism and the plural society*, Oxford, 1960, etc.

el investigador nativo) y el investigador que intenta ser "neutral" y "objetivo" sin lograrlo, pueden verse en estas dos citas: Magubane: "El colonialismo y el imperialismo les han arrebatado a los africanos su independencia y su tierra; la sociología del colonialismo les ha robado su cultura y su identidad".⁴ Mitchell: "Los europeos están en una posición de superioridad social y los africanos aspiran a la civilización, que es la característica particular y el prerrequisito del grupo socialmente superior. El modo de vida civilizado provee entonces una escala por la cual puede medirse el prestigio de los africanos en las áreas urbanas (y hasta cierto punto las áreas rurales)".⁵ (Mitchell insiste en el comportamiento de los africanos orientado hacia un grupo de referencia: los europeos.)

Stefano Varese ofrece un ejemplo de estudio de sociedades indígenas considerándolas en el marco de la sociedad nacional, viéndolas en conjunto y no como dos polos que puedan ser analizados aisladamente (por ejemplo: a través de las transformaciones económicas debidas a la explotación del caucho o de la madera). Rechaza las interpretaciones basadas en el estudio de los aspectos culturales de las "relaciones interétnicas", estudios que han contribuido a ocultar bajo la etiqueta del "problema étnico" los problemas de fondo y la dinámica de la realidad social. Así, "las relaciones interétnicas son también y siempre relaciones de clases".⁶ Varese trata de analizar la situación socioeconómica de las sociedades indígenas en el marco nacional, y de descubrir si el acceso al control del poder político y de decisión es, a nivel nacional, tolerado o rechazado. A través de su estudio trata de negar la idea aún corriente de los grupos tribales (étnicos, indígenas) como receptivos pasivos a los que se les impone desde los centros de control y dominación, y de demostrar la constante interacción de éstos con los grupos sociales nacionales.

Ante el problema de la toma de posición del antropólogo frente a los problemas que estudia y en relación con los grupos de poder nacionales o internacionales, las respuestas de los autores varían desde las condenatorias a aquellas que lo remiten al plano de la ética. Un acercamiento práctico adecuado es, por ejemplo, el de Stavenhagen. Asimismo es de notar la pregunta que hace R. Buijenhuija ("Comment vaincre les Mau Mau. Quelques observations sur la recherche contre insurrectionnelle au Kenya pendant l'état d'urgence"), desprendida de la carga emocional que parece caracterizar a otras de las contribuciones: "Si nosotros como etnólogos nos

⁴ Magubane, pp. 279-289.

⁵ *The Kalela Dance*, p. 13.

⁶ Varese, p. 375.

sentimos moralmente libres de trabajar a favor de los movimientos revolucionarios, ¿podemos negarles a otros etnólogos el derecho de trabajar contra la revolución o contra una revolución en particular que ellos repudien?".⁷ Quizás lo que haya que reprocharles a los últimos investigadores que menciona es el que no expliquen la posición que han tomado, amparándose a la sombra del "objetivismo".

Sería largo comentar los diferentes trabajos presentados en esta publicación. A nivel de información, además de las ya citadas, se incluyen las contribuciones de K. Gough ("Des propositions nouvelles pour les anthropologues", seguida de debate); Eric Wolf y J. G. Jorgensen (L'anthropologie sur le sentier de la guerre en Thaïlande", con respuesta a comentarios); J. G. Jorgensen ("Morale et anthropologie" y comentarios); North American Congress on Latin America ("La guerre secrète. Le rôle des études latino-américaines", con documentos); A. Margarido ("Le colonialisme portugais et l'anthropologie"); W. F. Wertheim ("La recherche contre insurrectionnelle à l'aube du XXe. siècle"); "Groupe de vendredi" ("A propos de l'anthropologie militante" y "L'anthropologie militante; quelques problèmes et les priorités"); R. Buijtenhuijs ("L'anthropologie révolutionnaire, comment faire?"), y Sidney Mintz ("Le rouge et le noir"). El volumen se completa con un apéndice: "Informations sur les luttes politiques contre l'ethnocide".

Esta selección muestra cómo los antropólogos actuales han tomado conciencia de la naturaleza de su trabajo y de su papel activo en la sociedad. Corresponde la calificación de esta publicación por sus editores como "instrumento de trabajo y reflexión". Como tal no dudamos que despertará el interés de aquellos que se dedican a las ciencias sociales.

Jean Copans pertenece a la Ecole Pratique des Hautes Etudes y es secretario general del Centre d'études africaines.

SUSANA B. C. DEVALLE
El Colegio de México

PETER R. ODELL, *Oil and World Power. Background to the Oil Crisis*, Penguin Books; 1ª edición 1970, 3ª edición 1974. Pelican Geography and Environmental Studies.

Peter R. Odell ha pasado la mayor parte de su vida profesional de geógrafo dentro de las Compañías Petroleras, concretamente en

⁷ Buijtenhuijs, p. 370.